

El humanismo monástico de San Juan de la Cruz: una llama de amor en medio de la noche

Introducción

Cuando me dijeron si quería participar en un **encuentro sobre San Juan de la Cruz**, confieso que me sentí alegre por recibir esta invitación y por poder participar en un acto en el que vamos a poder escuchar de nuevo sus maravillosas poesías. Creo que soy un poco inconsciente o demasiado narcisista, o ambas cosas, porque acepté la invitación sin saber si tenía algo realmente que aportar.

Cuando me he sentado a pensar sobre qué decir de este campeón de la mística, incluso cuando le he pedido a él que inspire mis palabras, para, al menos, no estropear este acto al que van a asistir después y que estoy seguro que les agradará por el alto nivel artístico de las personas que intervendrán, me he preguntado si tiene sentido venir aquí a hablar de mística y poesía, vestido de monje, en medio de un mundo que parece cada día más desesperado y confuso. El mundo de la crisis económica, del hambre y la explotación, de la guerra y las catástrofes apocalípticas, del paro, los desahucios, los sueldos de 400 euros... Intuyo que quizá a ustedes les pueda pasar lo mismo en alguna ocasión o en este mismo momento.

Soy un monje, pero también soy un hijo de la modernidad, y, por lo tanto, quizá siendo infiel a la vocación a la paz interior que es la vocación monástica, he de reconocer que la duda y las preguntas modernas forman también parte de lo que soy. Dicen los maestros zen que la duda es la naturaleza de la mente, la mente duda por naturaleza, por eso cuando estoy demasiado en la mente estoy en la angustia y en la confusión. Y estoy seguro de que tienen razón.

Ahora bien, sólo puedo trascender algo si lo integro, no si lo reprimo, de modo que debo atravesar esta duda mental dando una respuesta a este interrogante, una respuesta que sea auténtica, es decir, que sea expresión de todas las dimensiones que me constituyen, que sea integral. **Si me paro a escuchar mi cuerpo y mis emociones al hacerme esta pregunta, encuentro angustia y deseo, que expresan, creo, una necesidad insatisfecha: la necesidad de que las cosas cambien.** Y a la vez, una gran la desconfianza de que cualquier alternativa a lo que hay, vaya a mejorar la situación. Creo que esta sensación no es sólo mía. Me parece que hay una sensación compartida por muchos de que es tal la complejidad a la que nos enfrentamos que ya no bastan respuestas parciales, no basta sólo el cambio personal es también necesario el estructural, no

basta sólo un cambio político sino también económico, cultural, incluso religioso. Y cuando algo es demasiado complejo de abordar nos paralizamos.

Es curioso que en el libro que el monje norteamericano, Thomas Merton, dedica al estudio de la obra de San Juan de la Cruz, llamado "Ascenso a la verdad" comience diciendo: "*Lo único capaz de salvar al mundo de un completo colapso moral es una revolución espiritual*".

Esto no es más que un modo moderno de expresar lo que el monacato de todas las épocas y lugares ha dicho siempre: desde las construcciones de la mente no podremos "salvarnos", **sólo nos salvaremos si nos ponemos en comunión con la Realidad Toda, con el Misterio, el cosmos y la humanidad. Si nos apoyamos en esa realidad y no en nosotros. Sólo la Gracia nos puede salvar, sólo la Realidad más allá del ego puede venir en nuestra ayuda para que demos la respuesta adecuada, una respuesta pluralista, holística, que atienda a todas las dimensiones de la realidad.** Es lo que los taoístas llaman el Wu Wei, el actuar no actuante, el actuar desde más allá del ego, el actuar consintiendo libremente en ser un canal por el que Toda la Realidad se pueda expresar, de un modo único y personal, a través de cada uno de nosotros.

Desde este punto de vista, **el monacato quiere ser un humanismo integral que intenta capacitar al hombre para poder dar esa respuesta**, y que cree que esto sólo lo puede lograr si llega a salir de su conciencia separada y dividida para "unirse" a toda la Realidad, si llega a estar en Comunión con Dios, con el cosmos y la humanidad, con el Cristo Total, diríamos los cristianos, sin dejar de ser quien es. Sólo puede sostenerse de verdad si se afianza más allá de sí, de su individualidad, de su ego. Entonces su respuesta puede poner en marcha una revolución.

Monje, del griego **monos- uno-** es a la vez **el solitario y el unificado**, el que busca la unificación.

El monacato **es una antropología espiritual**, una espiritualidad, que considera al hombre actualmente fragmentado, dividido y, por ello, angustiado. Pero también lo considera capaz de salir de esta situación (**Capax Dei**, decía San Agustín) si se unifica y entra en comunión con la Realidad, con mayúsculas (Dios, el Misterio) y con la realidad con minúsculas (el hombre, el cosmos).

Juan Casiano, el monje del siglo V, que trajo el monacato cristiano a Occidente explica en sus escritos que el monacato es un camino que tiene dos objetivos (**Skopos**): el primero es alcanzar la llamada **pureza del corazón**, el modo como traduce al latín el término griego **apatheia**, la libertad y posesión de sí. Es decir, primero el hombre debe poseerse, ser libre, encontrar su verdad personal, encontrar su alma más allá de la ficción de personalidad creada por la sociedad y con la que se ha identificado. Pero esto es sólo la primera parte del camino de humanización integral que propone el monacato. Después, el hombre debe trascenderse, salir de sí para afianzarse más allá de él mismo en la Realidad más allá de su pequeña mente, de su pequeño ego. Es lo que el

monacato oriental llamó la **Gnosis** y el monacato occidental **el Amor**, una forma de conocimiento que nos une a lo conocido. Es la experiencia de comunión con Todo y con todos sin dejar de ser nosotros mismos, es lo que el cristianismo llama **la experiencia de la Trinidad**, o lo que la mística oriental llama la no dualidad, la experiencia de que todo es relación, la vivencia de que el centro de la persona no es más que una pura apertura, un puro vacío abierto a la comunión con Todo. La experiencia de que la Unidad y la pluralidad son las dos caras de una misma realidad.

El monje busca, por lo tanto, encontrar su verdadera identidad y para ello se hace solitario, es decir, se aleja (no necesariamente físicamente) de la sociedad y sus eslóganes alienantes, para descubrir, en la soledad y el silencio, quién es, más allá de todas las ideas que la sociedad le ha inducido a creer que es. **Pero, a su vez, su objetivo es llegar a poder encontrarse unido a todos** y todo en el lugar donde todos somos uno, en nuestra dimensión más profunda, en la dimensión espiritual. **Evagrio Póntico, el monje del siglo IV que sistematizó de la espiritualidad monástica,** decía que *“monje es aquel que se separa de todos para estar unido a todos”*.

A lo largo de la historia **el monacato, por encima incluso de las diferencias culturales y religiosas, ha mantenido estas ideas de modo constante.** Por supuesto, cada monacato expresa la experiencia monástica de un modo diferente según la religión a la que pertenezca pero en todo monaquismo se podrían encontrar expresadas las ideas anteriores de un modo u otro.

Como nos explicaba **Raimon Panikkar** hoy nos estamos dando cuenta que el monacato es un arquetipo humano, una dimensión común a todo ser humano, religioso o no, que se manifiesta fundamentalmente como ese deseo de unificación, de comunión. El humanismo monástico, por lo tanto, puede tener algo que decirnos a todos, todos podemos aprender de él.

Es más, cada vez está más extendida la idea de que **monje no es una persona que pertenece a una institución que así se define, monje es cualquiera que pone como centro de su vida el unificarse,** da igual que vista hábito o esté casado, sea religioso o agnóstico.

Vuelvo pues al comienzo de mi reflexión, cuando me preguntaba si tiene sentido reunimos hoy a escuchar la poesía que expresa la experiencia espiritual y humana de un monje castellano del siglo XVI, y **creo ahora poder responder que sí, que tiene mucho sentido, si lo escuchamos, no como un mero ejercicio estético, sino intentando dejarnos impactar por su experiencia, e iluminar por ella, para encontrar en él nuestro verdadero rostro, nuestra verdadera identidad** olvidada entre tantas capas de angustia y duda con las que nos ha paralizado el mundo moderno.

Entonces nuestro estar aquí será un verdadero acto humanizador y una reunión, digamos que subversiva y casi revolucionaria, al desafiar los principios que mueven a nuestra sociedad: el pragmatismo, el consumo, la diversión vacía, la eficacia, el control, la pasividad, el individualismo extremo... Quizá hasta nazca en nosotros la esperanza de que es posible

cambiar las cosas si seguimos el camino más allá del ego y de la mente, el camino de la espiritualidad. El monje es un revolucionario espiritual.

Mi propuesta pues es que escuchemos hoy a **Juan de la Cruz** como lo que él eligió ser o mejor: se sintió llamado a ser, como un monje, un “*medio fraile*” como lo definió **Santa Teresa** aludiendo a su escasa estatura y a su timidez, un hombre que buscó unirse al Misterio, vaciándose de sí mismo, y de la ilusión de separación de los demás y de la realidad; que escuchemos el mensaje monástico que nos llega a través de su poesía y que intentemos así despertar el monje que llevamos todos dentro para dar un paso más en nuestro camino hacia la libertad y el amor, si creemos que la propuesta monástica tiene algún sentido para nosotros.

Mi intención, pues, es simplemente intentar inducir o animar nuestra meditación o contemplación de los textos que vamos a escuchar, a partir de la tradición monástica antigua y a partir de la voz del monacato actual. Por eso he dividido esta meditación en cuatro partes, haciendo referencia cada una de ellas a uno de los textos que, a continuación, se recitarán y a alguno de los símbolos que utiliza **San Juan de la Cruz** para aludir a las diferentes etapas y experiencias del Camino de madurez humana y espiritual que propone.

I. La Noche Oscura

“En una noche oscura
 Con ansias en amores inflamada
 Salí sin ser notada
 Estando ya mi casa sosegada”.

Cuando se comienza a conocer la producción espiritual y literaria de San Juan de la Cruz se recomienda empezar por dos textos que comentan este poema de la Noche Oscura, la Subida al Monte Carmelo y la Noche Oscura. En ambos se trata de los primeros pasos en el camino monástico, que siempre comienzan por la marcha al desierto, al silencio, a la soledad real o interior y por desprenderse de la falsa identidad o yo exterior con el que nos hemos identificado. Entrar en la noche de la purificación diría San Juan.

San Juan, que nació en **Fontiveros (Ávila)** en 1542, sufrió este despojo casi desde su infancia, su familia pertenece a lo más pobre de la sociedad, son tejedores, su padre y su hermano morirán cuando él es un niño. La familia se vio en una gran penuria. Se trasladarán a Medina del Campo buscando mejor vida y en ella estará 13 años, es un periodo en el que tendrá que mendigar, servir en un hospital de enfermos contagiosos y trabajar como aprendiz para ganarse la vida, recibiendo

una buena educación gracias a poder entrar el colegio de los “doctrinos” para niños pobres que llevaban los jesuitas.

Estamos en plena España del siglo de Oro, en el que las diferencias sociales se extreman, una minoría privilegiada disfruta del poder del imperio más grande del momento, mientras la población sufre hambrunas y epidemias. Una cohorte de mendigos y pícaros inunda las calles.

En 1563 entrará en el noviciado de los carmelitas, le atrae ya la vida religiosa contemplativa por ello no elige a los jesuitas, y en 1564 empieza a estudiar en la mejor universidad católica europea del momento, al Universidad de Salamanca. Allí destaca como estudiante de filosofía y teología. En 1567 es ordenado sacerdote. Ese año conoce a Santa Teresa, que le convence de no hacerse cartujo y se compromete con ella en ayudar en su Reforma, comenzará así una amistad espiritual entre ambos, teniendo Teresa 52 años y Juan 25. Es su opción adulta por el camino de la purificación del deseo y del ego.

Hay que decir que **San Juan a lo largo de sus primeros años alcanza una madurez personal notable, está capacitado para tomar elecciones, ha construido una personalidad y una identidad fuerte pero amable.** Se ha experimentado a sí mismo responsabilizándose de sí mismo y de sus elecciones. Es por eso que para él el comienzo del camino espiritual pasa por entrar en la noche, por la negación de sí, por la entrega de su personalidad a un fin trascendente. San Juan es un místico apofático (teología de las tinieblas) como Gregorio de Nisa, el Pseudo Dionisio, o el autor de la nube del no saber.

Hoy parece que **la mayoría de nosotros no tenemos esta personalidad tan definida,** bajo una apariencia de optimismo y de persona de recursos (hay que venderse bien) vivimos una gran duda interna sobre nuestra valía e identidad, no sabemos realmente quiénes somos, cuáles son nuestros valores de verdad. **El sistema consumista actual sólo funciona si los seres humanos somos seres pasivos e influenciados a los eslóganes que dirigen el mercado, es decir, si nos mantenemos en una actitud inmadura e infantil.** Y así se nos mantiene. La mayoría de los que hoy inician el camino espiritual están viviendo una profunda crisis de identidad y de sentido. **En esa situación el lenguaje de la negación de sí puede impedir que se afirme la personalidad, puede servir para huir de ella justificándose en la necesaria humildad.** No es raro ver esto en los monasterios, por desgracia, y también en los trabajos y en las familias. Someterse a la norma o a la moda sin pensar demasiado puede parecer un signo de madurez. Por eso, parece que hoy es bueno comenzar el camino empleando el lenguaje afirmativo de la mística de la luz (con representantes como Orígenes, San Agustín, San Bernardo o Santo Tomás de Aquino) una mística que comienza no en la noche sino en el amor a uno mismo (primer grado del amor para San Bernardo) y en el camino del autoconocimiento como primer peldaño para conocer a Dios, al Misterio (san Agustín es el gran defensor de la necesidad de empezar por conocerse uno primero para conocer a Dios después).

Para poder entregarme primero tengo que existir como ser humano, como persona responsable, capaz de realizar elecciones y con unos valores claros. **Si lanzamos a las personas a una pérdida de su identidad antes de que la hayan conseguido estaremos ayudando a las dos salidas inauténticas que le hombre moderno suele utilizar para no enfrentar su angustia: el conformismo a la masa o el extremismo sectario del tipo que sea.**

La **psicología tiene hoy un papel importante** en el comienzo del camino espiritual, más que propiciar el ascetismo y la renuncia al principio, hoy hay que comenzar por favorecer la autenticidad, el descubrimiento de quiénes somos y la responsabilidad sobre nuestra vida. La escucha, la empatía, la aceptación incondicional favorecen mucho el desarrollo de la verdadera personalidad, que luego cuando ya existe y se ha experimentado, puede ser entregada y trascendida.

La **filosofía también ha de ocupar hoy su lugar en el camino**, los pensadores modernos han impregnado nuestro pensamiento. No se puede hoy desconocer la labor del pensamiento de los modernos filósofos que ha intentado dar soluciones a la crisis de deshumanización y falta de autenticidad del hombre en la modernidad. **Marx** ha señalado la deshumanización que ha producido la sociedad industrial y da pautas para humanizarla, **Freud** intenta que el deseo y al afectividad dejen de ser inmaduras y pasen a ser capaces de donación y apertura a la realidad, **el pensamiento existencialista** denuncia la inautenticidad del hombre moderno y le ayuda a enfrentar la angustia y a ser más auténtico. No se puede considerar todo el pensamiento moderno como puramente malvado o como totalmente perfecto, hay que ser críticos y a la vez reconocer sus valores.

Es después de recorrer estos caminos que se comprende la profunda verdad de la necesidad de la noche, del vaciamiento del ego para abrirse a la persona profunda que somos y que es pura receptividad y compromiso con la realidad. Para vivir al noche primero mi casa debe estar sosegada y construida. **Emmanuel Mounier** llamaba a esto el "Adsum", el estoy presente, sólo estoy de verdad en la realidad cuando me abandono a la realidad y salgo de la mente, de las continuas preguntas, de la duda perpetua, me asumo como soy como la rosa que es sin porqué.

Por último, **habría que hablar de la necesidad de la teología**. Es necesario un lenguaje aceptable sobre el Misterio pues también la mente tiene que participar del camino. Es un error creer que el místico es un heterodoxo, el místico lo que hace es comprobar la verdad de la experiencia que se oculta en los llamados dogmas. Puede parece heterodoxo al dogmático o al que desconoce la verdad experiencial que el dogma transmite. Por eso, el místico ayuda a sanar y revitalizar las religiones. Maria Isabel Rodríguez, psiquiatra y especialista en espiritualidad, considera que la mística puede ser una terapia para las religiones. Nunca es una vía de destrucción de las mismas, si acaso de destrucción de los elementos inauténtico y no esenciales que en todas las instituciones tienden a desarrollarse.

En definitiva, **sólo en la soledad y el silencio, despojados de respuestas convencionales, podemos aceptarnos en plenitud como somos y aceptar la realidad como es, entramos así en la noche**, pudiendo dar una respuesta personal a las verdades que la filosofía, la psicología o la teología expresan.

San Juan habla de **varias noches**: la **noche activa del sentido** (una labor de ascesis y purificación de la afectividad para hacerla salir del narcisismo y la dependencia hacia la verdadera autonomía y capacidad de aceptación de la realidad), la **noche pasiva del sentido** (cuando ese trabajo se va estabilizando dentro de nosotros de manera ya continua) y la **noche pasiva del espíritu** o salida del ego o de nuestra ilusoria identidad mental y separada.

En San Juan de la Cruz el vacío no es la meta, por lo tanto, es el camino hacia la **experiencia plena que va a definir como llama de amor viva**. Pero es ineludible pasar por ese despojo.

II. Cántico Espiritual

“Adónde te escondiste,
Amado, y me dejaste con gemido?
Como el ciervo huiste
Habiéndome herido;
Salí tras ti clamando y eras ido.”

En 1568 San Juan se establece en Duruelo (Ávila) y comienza con otros compañeros a vivir la vida carmelita reformada, es una opción por crear un tipo de comunidad y de ámbito que favorezca la experiencia espiritual de verdad. Poco a poco la reforma se va extendiendo y comienza a ejercer su magisterio espiritual de forma oral.

En 1577 es secuestrado y trasladado a Toledo donde sus hermanos calzados lo retienen nueve meses en una celda de castigo, en ella escribirá el cántico espiritual, varios romances y la Fonte.

En 1578 huye y se establece en Andalucía, luego se establecerá en Granada y más tarde en Segovia. Son años en los que realiza una intensa labor de gobierno en la orden reformada. Serán los años de mayor fecundidad como escritor y de numerosos viajes.

El Cántico Espiritual es la autobiografía espiritual de San Juan, en él expresa el camino como una vida vivida en el Amor.

Para San Juan, como para todo místico, la experiencia religiosa no puede ser una mera práctica externa, es una verdadera transformación personal, un cambio de identidad para descubrirse como Amor, como Comunión con Toda la realidad.

Si en la Noche oscura descubrimos que el fondo de la persona es el vacío, la gratuidad, aquí se descubre que **ese vacío es deseo, es apertura al Otro, a la alteridad, es relación.** El Deseo tiene que ser ordenado y purificado hasta hacerse cada vez más gratuito y más abierto a la alteridad.

Es el aspecto femenino del camino. Lo femenino es el principio de apertura a la alteridad por excelencia, el lugar donde es posible colmar el deseo pues se experimenta el “gozo otro” que diría Lacan, el ser colmado, lleno, por la alteridad, más allá del lenguaje y los límites. La experiencia mística va por ello más allá del lenguaje, es una experiencia de lo real en lenguaje lacaniano. Por ello, colma el deseo y lo destruye de alguna manera o lo transforma en Gozo.

Dice San Benito en su regla que al comienzo del camino espiritual este es arduo y trabajoso pero que a medida que se avanza en al experiencia se vuelve dulce y sabroso. La vida de san Juan en este periodo es una buena muestra de este goce secreto. En medio de la máxima dureza en Toledo escribe poemas de un dulzura y belleza impresionante.

Creo que una de las llamadas de la espiritualidad hoy es a recuperar el valor de lo femenino, es decir, de lo tierno, receptivo, compasivo, fraterno, flexible... Vivimos en una sociedad **logocéntrica y mental**, patriarcal, que parece haber perdido su Alma, su feminidad. Para el monacato cisterciense el monje en un momento determinado tiene que convertirse en madre de Cristo, superar su ego y su afectividad fálica centrada en el poder, para descubrir el afecto como comunicación e intimidad, como entrega mutua al otro, al totalmente Otro.

El cantico traza el camino espiritual desde los momentos iniciales hasta las últimas etapas, si bien la última etapa la referirá San Juan en la poesía sobre la llama de amor viva. El deseo nos lleva hasta los últimos tramos del camino hasta que es superado por el Gozo, por la realización del deseo en la última etapa espiritual, el matrimonio místico.

Uno de los peligros de la mística es quedarse en la etapa de la iluminación, creyendo que la meta del camino es salir de la realidad hacia un estado de conciencia alterado que nos aleje de la responsabilidad con los demás y con nuestra vida. Es el quietismo o narcisismo espiritual que ocurre cuando se viven experiencias espirituales auténticas pero nos quedamos enganchados a ellos. En el zen se dice que esa es la llamada enfermedad zen, que nos saca de la realidad. Hay que perder la iluminación dicen en el zen, hay que superar el gnosticismo, no la gnosis verdadera, que desprecia la vida cotidiana y se apodera de la experiencia extraordinaria haciéndonos demasiado autoconscientes

y separados de los demás. **Hay que volver a ser uno de tantos y vivir la experiencia sin darse demasiada cuenta, de manera espontánea, de manera no calculadora sino gratuita.**

Este es el peligro del deseo espiritual por eso debe ser superado y por ello no lleva a la etapa final, debemos perderlo antes.

Como dice el dicho zen:

“Antes de la iluminación las montañas eran montañas y los árboles, árboles,

Durante la iluminación, las montañas no eran montañas ni los árboles, árboles,

Después de la Iluminación las montañas volvieron a ser montañas y los árboles, árboles”.

III. Sin arrimo y con arrimo

“Sin arrimo y con arrimo

Sin luz y a oscuras viviendo

Todo me voy consumiendo”

A partir de 1590 comienza **San Juan de la Cruz** a tener problemas con el sector más extremista de su orden, el **P. Doria** y su facción defienden un ideal extremista de soledad, austeridad y centralización, mientras que San Juan apoya al **P. J. Gracián**, defensor de una vida moderada que combinara la contemplación con un cierto apostolado. **San Juan**, el contemplativo, no va a apoyar el centramiento en la iluminación, hay que practicar la ayuda a los demás, transmitir lo vivido, no quedarse en un narcisismo iluminado. Dejar de ser tan espirituales y adentrarse en los problemas de todos. Esto escandalizará a los extremistas En 1591 es destituido y se le destina a México para quitarlo de en medio, finalmente en agosto va al desierto de la Peñuela (Jaén) y en septiembre irá a Úbeda por estar enfermo y necesitar cuidados médicos. El prior le destina la peor celda. Muere criticado y cuestionado por muchos el 14 de Dic. de 1591.

Uno de los grandes peligros del camino espiritual es precisamente este espiritualismo, los espirituales pueden ser increíblemente narcisistas y crueles. Se creen, a veces, por encima de los demás por haber tenido acceso a algunas experiencias auténticas y, en el fondo, creen que lo espiritual está por encima de las necesidades de las otras personas.

El camino espiritual supone volver al mercado nos dice el zen, nosotros los cisterciense hablamos de la **pobreza fecunda**, volver a la vida cotidiana de todos de trabajo y de solidaridad humana, entonces nuestra experiencia no nos estará alejando de la realidad sino haciendo más reales.

Hay que volver a Galilea dice el evangelio, hacerse uno de tantos como hizo Cristo, descubrir el valor sagrado de lo profano, de lo secular, en especial de lo más despreciado por el ego.

El camino lleva a ponerse al lado de los pobres en contra de la injusticia, san Juan nunca olvidó su compromiso con los pobres, con su estamento de origen; trabajo con sus manos siempre, en el Huerto y en la construcción, cuando iba a casas de ricos se sentaba en el suelo como los pobres, denunciándolos sutilmente y no se avergonzó nunca de sus orígenes. Cuentan que un hermano al verle trabajar en el huerto (algo poco espiritual para un maestro del espíritu de la época) creyó que era hijo de labradores a lo que Juan le replicó: *“no soy tanto como eso, que soy de un pobre tejedor”*.

Cuando digo esto me ha ocurrido que los más espirituales se van buscando maestros más iluminados y menos engañados por las distracciones de este mundo. Es difícil sacar de este error a las personas más espirituales, pero sin este paso, el trabajo espiritual está perdido en el ego. Esto por supuesto, no supone caer en el activismo ni despreciar la contemplación, supone ser sencillos, ser lo que somos, seres humanos en un mundo enloquecido, al que debemos contribuir de algún manera para que sea menos injusto.

Hoy sería importante descubrir que la espiritualidad no es patrimonio de la religión, siempre ha existido una espiritualidad laica, legítima y válida. Un ejemplo de ello es la masonería, una espiritualidad laica presente desde la Edad Media al menos en la sociedad europea.

Creo que hoy las diversas espiritualidades laicas y religiosas deberían reconocerse, respetarse en sus propios ámbitos y colaborar como pidió el Papa **Benedicto XVI** en la construcción de la Paz y de la Justicia. Sin un compromiso por la transformación del mundo la mística será un lujo para satisfechos. Es decir, dejara de ser mística.

Esta idea de no separarse de los demás creyéndose más espiritual, la idea de “vivir, como todos, sin luz y a oscuras viviendo” me hace recordar el poema de Bendetti, un modelo de espiritualidad laica comprometida y sabia, dice Mario Benedetti:

NO TE SALVES

No te quedes inmóvil
al borde del camino
no congeles el júbilo
no quieras con desgana
no te salves ahora
ni nunca

no te salves
 no te llenes de calma
 no reserves del mundo
 sólo un rincón tranquilo
 no dejes caer los párpados
 pesados como juicios
 no te quedes sin labios
 no te duermas sin sueño
 no te pienses sin sangre
 no te juzgues sin tiempo

pero si
 pese a todo
 no puedes evitarlo
 y congelas el júbilo
 y quieres con desgana
 y te salvas ahora
 y te llenas de calma
 y reservas del mundo
 sólo un rincón tranquilo
 y dejas caer los párpados
 pesados como juicios
 y te secas sin labios
 y te duermes sin sueño
 y te piensas sin sangre
 y te juzgas sin tiempo
 y te quedas inmóvil
 al borde del camino

y te salvas
 entonces
 no te quedes conmigo

IV. Llama de Amor Viva.

*“¡Oh llama de amor viva
 Que tiernamente hieres
 De mi alma en el más profundo centro,
 Pues ya no eres esquiva,
 Acaba ya si quieres;
 Rompe la tela deste dulce encuentro!*

En esta poesía describe San Juan la última etapa de la experiencia, la experiencia de descubrirse en el centro de la propia identidad como comunión con todo, romper la ilusión de separación si caer en

una fusión indiferenciada, ser uno y plural, es la experiencia de la Trinidad en términos cristianos. “Romper la ilusión (la tela) de la separación”.

Curiosamente es cuando alcanzamos el núcleo de nuestra identidad más personal cuando descubrimos que somos comunión con todo, es cuando llegamos al núcleo de nuestra tradición cuando nos hacemos universales, católicos, que es lo que quiere decir en griego.

San Juan de la Cruz presenta increíbles similitudes con la poesía mística sufí, así lo ha demostrado **Luce López-Baralt**, en su obra “*San Juan de la Cruz y el Islam*”,

También se han encontrado muchas similitudes con el Zen, la insistencia de San Juan en al nada parece corresponder muy bien con el vacío del Zen. Por ejemplo, Koyama Shikei el maestro japonés del maestro zen español Pedro Vidal le dijo que las poesías de San Juan de la Cruz eran verdaderos koans.

Es quizá la última aportación que creo es bueno señalar que nos puede traer la mística, la apertura y al comunión a los otros, la contribución a un mundo más plural e inclusivo, que nada tiene que ver con el famoso relativismo que es antipluralista.

Al final del camino el pájaro solitario no tiene ya determinado color pues los posee todos, como diría San Pablo se hace todo con todos para ganarlos a todos a la causa del Amor, de la humanización integral.

Termino pues con una oración de **Thomas Merton** que creo intenta exponer esta experiencia de comunión universal:

“Oh Dios, somos uno contigo. Tú nos has hecho uno contigo. Tú nos has enseñado que si nos abrimos el uno al otro, tú moras en nosotros. Ayúdanos a preservar esta apertura y a luchar por ella con todo nuestro corazón. Ayúdanos a darnos cuenta de que no puede haber entendimiento allí donde hay rechazo mutuo. Oh Dios, al aceptarnos los unos a los otros de todo corazón, completamente, plenamente, te aceptamos a ti... Llénanos pues de amor, y que el amor nos una cuando emprendamos nuestros diversos caminos... el amor ha vencido. El amor es victorioso. Amen”.

